

¡A nadar!



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Estudio Nimau.
Ilustración infantil y juvenil

Hacía un día fantástico. El sol picaba mucho pero soplaba el viento moviendo las ramas más altas de los árboles. Hoy seguro que habría buenas olas, pensó Miguel, mientras sacaba brillo a su tabla de surf, lástima que no pudiera salir a probarlas.

El claxon de la tía Loli sonó y Miguel tuvo que darse prisa si no quería llegar tarde a su primer día de trabajo. Había tenido suerte de que Loli le dejara ser ayudante de socorrista en la piscina del pueblo, y hoy habían quedado muy pronto porque la tía decía que había muchas cosas por aprender. Miguel pensó que no demasiadas. Total, para pasearse arriba y abajo enseñando músculo mirando cómo la gente se baña tampoco es necesario aprender demasiado. Pero Miguel necesitaba aquel dinerito para poder viajar al campeonato de surf más importante de la zona, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para ganárselo.

Piip! Piip!, volvió a llamar el claxon.

— ¡Ya voy! — protestó Miguel. Y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en el coche, en camino hacia la piscina municipal.

Al llegar, Miguel vio a un operario limpiando el agua de hojas y llenando algunos botes.

— ¿Qué hace? — preguntó. Pensaba que no habría nadie a estas horas.

— Ay, zoquete. Y también debes pensar que el sol sale pasadas las diez. Aquí ya hace rato que todos trabajan — aclaró la tía. Lo primero es limpiar el agua de hojas y porquería y después se debe analizar para comprobar que los niveles de cloro son los adecuados.

Miguel prefirió no continuar preguntando y siguió a su tía hasta un vestidor.

— Toma, ponte esto — añadió lanzándole un bañador.

— Pero si ya llevo el mío — protestó el muchacho.

— Pues ya te lo puedes cambiar — aclaró Loli. Los socorristas tenemos que ir todos iguales para que todo el mundo nos pueda reconocer y encontrar rápido si nos necesita. Y ahora escúchame bien — dijo seria, la mujer. Para empezar a trabajar tienes que grabarte en la cabeza los consejos que te diré.

— Ey, que no soy bobo — se defendió Miguel viendo que Loli lo miraba con un poco de desconfianza.

— Ya sé que no — aclaró Loli. Pero a menudo a todos se nos olvidan, y con estas cosas no se juega. El agua es para divertirse pero también puede ser muy peligrosa. Así que ahora escucha: lo más importante es que no dejes nunca que ningún niño se bañe sin la supervisión de un adulto.

— Hombre, para eso estoy yo.

— Sí, pero también puedes necesitar ir al baño, ¿no? Y tendrías que irte un momento. El caso es que recuerdes a los niños que, si no estás, avisen a los padres, pero sobre todo, que nunca se bañen solos.



— Eso es fácil.

— Muy bien, pues vayamos a por el segundo: si alguien no sabe nadar, lo mejor es que utilice un chaleco salvavidas. Son mucho más seguros que los flotadores, las *burbujas* o los manguitos estos que están de moda.

— Ay, ahora recuerdo el flotador mariposa que me regalaste cuando era pequeño.

— Déjate estar de recuerdos que llegamos tarde. Explícales también que no pueden jugar en los bordes de la piscina, las escaleras o los toboganes. Están mojados y es muy fácil resbalar y hacerse daño.

— Eso ya es más difícil. Cuando era pequeño nos lo pasábamos bomba persiguiéndonos con los de la pandilla. Pero, ups, ahora también recuerdo como Ignacio resbaló y se rompió los dientes. Si no lo llega a sacar el padre de Juan, casi se ahoga.

— Exacto, una caída siempre nos puede dejar inconscientes o mareados, puede que sin fuerzas para nadar. Lo mismo pasa con la digestión. Nada de bañarse después de comer.

— Eso ya nos lo decía siempre la abuela Remedios. Y qué lentos pasaban los minutos jugando al bingo bajo la palmera.

— Pero la abuela tenía razón. Cuando hacemos la digestión, la sangre está en la tripa y, al mojarnos con agua fría, la sangre va a la piel para calentarnos y eso también nos puede marear.

— Entendido, nada de baños mientras digerimos. Pero después de un par de horas... ¡Bomba!

— Eso nunca. Antes de nada, debemos meternos poco a poco en el agua para que nuestro cuerpo se acostumbre al cambio de temperatura. Después ya habrá tiempo de divertirse.

— Caramba tía, sí que debemos tener cosas en cuenta.

— Y todavía no hemos terminado. Recoge los juguetes del agua para que los más pequeños no se tiren a buscarlos. Recuerda a los niños que avisen a un adulto si ven que otro niño se hace daño. Intenta que los pequeños se bañen siempre en la parte menos profunda, donde puedan **hacer pie**. Y recuerda a todos que cuanto antes aprendan a nadar, antes se lo podrán pasar mejor.

Miguel estaba agobiado con tanto consejo, y quizás se habría atrevido a preguntar si no fuera porque ya se oía el griterío de muchos niños que entraban en el recinto con ganas de divertirse.

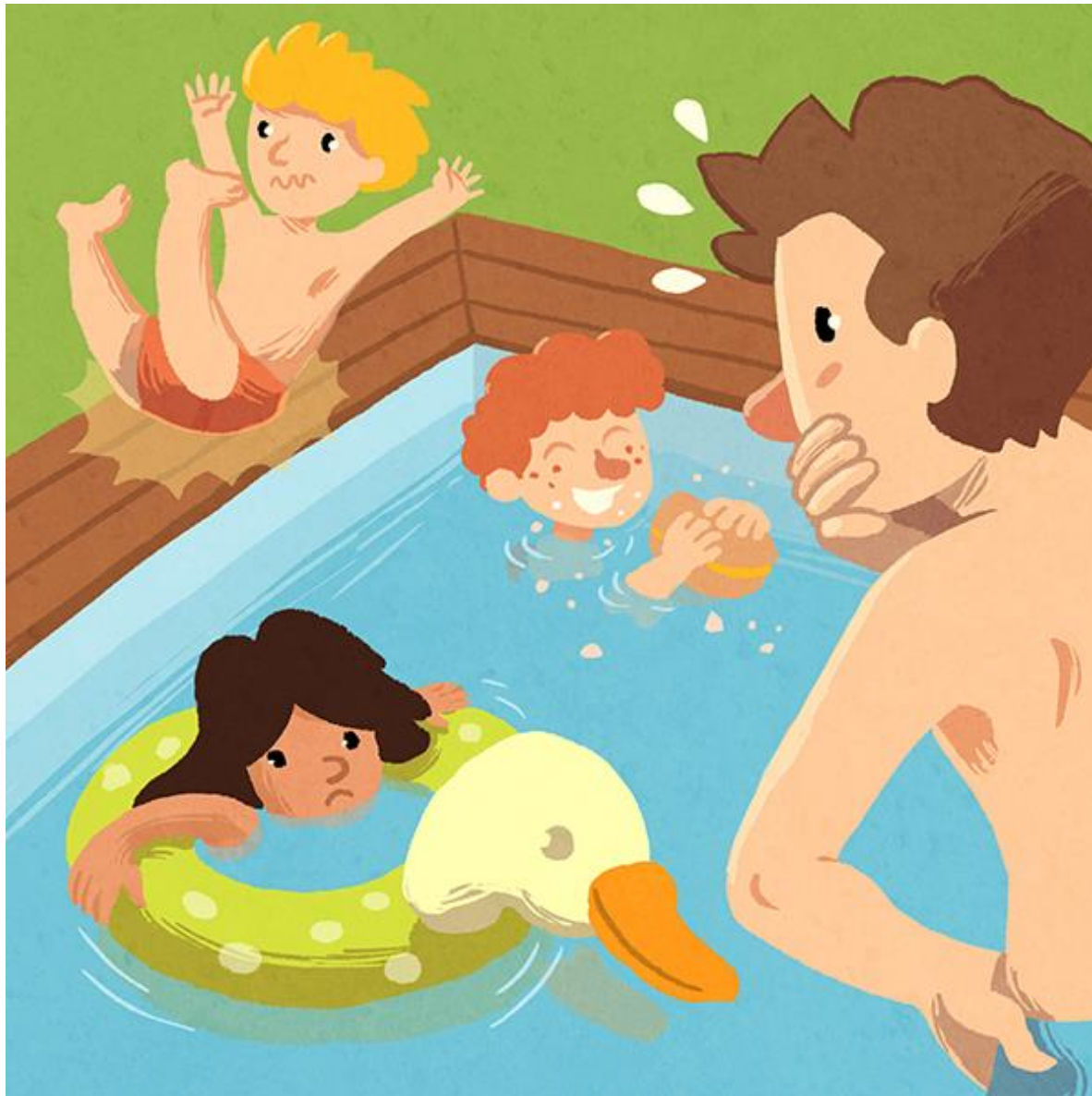
— Venga, a trabajar —dijo la tía Loli dándole un golpecito en el hombro. Y no te olvides de ninguno, eh. Pero Miguel no pensaba olvidarse ni uno solo. De hecho, ahora se daba cuenta de que se los sabía todos de memoria. Él se había pasado la vida dentro del agua y siempre les había hecho caso.

Inmediatamente se plantó al lado de la piscina dispuesto a no dejar que nadie se hiciera daño. Pero las cosas no iban como Miguel habría deseado. Era muy cierto que parecía que nadie recordara aquellos consejos tan sencillos, y cuando no había un niño que resbalaba cerca del tobogán, había otro que lloraba asustado porque no **hacía pie**, un tercero con un flotador tan grande que lo tenía que coger por las axilas o un cuarto que directamente se comía el bocata dentro del agua.

— ¡Ya está bien! — gritó Miguel harto de preocuparse y haciendo sonar su silbato. Enseguida tuvo a todos los niños mirándole.

— Es el **surfer de la familia del panadero** —alguien susurró.

— Dicen que cabalga como nadie sobre las olas — añadió otro.



— ¿Qué nos querrá decir? — se preguntó un tercero.

Pero lo que Miguel les dijo era que debían ser prudentes si querían divertirse. Uno tras otro, les fue recordando los consejos que, momentos antes, le había dado la tía Loli, y les explicó que no era tan difícil tener un poco de cuidado en el momento de bañarse. Él siempre lo había hecho y el agua le había devuelto muchas alegrías.

— ¿Alegrías? ¿Cuáles? — se atrevió a preguntar una niña que actuaba de portavoz de un grupito que hacía rato que susurraba. —¿Es verdad que te presentarás al campeonato de surf?

Miguel se sonrojó de golpe. Caramba, sí que corren rápido las noticias en un pueblo, pero les aclaró que sí. Pensaba presentarse y confiaba poder ganarlo porque había practicado mucho. Se había esforzado entrenando cada día. Pero entrenar no sólo significa lanzarse al mar a probarlo una y otra vez; entrenar también significa evitar los peligros que, a veces, puede tener un deporte.

— Si queréis divertirlos debéis ir con un poco de cuidado para que nada estropee la diversión y dure mucho— les aclaró.

— Pero es muy aburrido esperar a hacer la digestión— se quejó uno de todos.

— Y da pereza recoger los juguetes del agua — añadió otro.

— Pues deberéis esforzaros — dijo Miguel, severo.

Y justo cuando alguno de los niños parecía que tenía ganas de volver a protestar, apareció la tía Loli salpicando a su sobrino.

— Les tendrás que ofrecer algo a estos niños, si prometen hacer caso de lo que les has enseñado.

— ¡Sí, sí! — gritaron todos a la vez.

— Está bien— dijo Miguel—. Si me prometéis que os divertiréis todo el verano sin hacer ninguna locura os daré un premio. —Pero, ¿qué queréis?

Y mirándose unos a los otros enseguida estuvieron todos de acuerdo.

— ¡LA COPA DEL CAMPEONATO!!! — gritaron.

Y con cuidado y cierto orden, fueron entrando al agua sin empujarse ni resbalar, fijándose en que sus padres o madres pudieran vigilarlos. Todos querían demostrar a Miguel que harían caso de los consejos que les había dado, pero una vez todos estuvieron a remojo, le miraron divertidos esperando una respuesta.

— Está bien —dijo Miguel— os prometo que si gano, os traeré la copa.

Y, de inmediato, corrió a la ducha, se mojó de arriba abajo y entró al agua. Los niños gritaban contentos con ganas de divertirse y, ahora que todos habían entendido cómo tenían que comportarse, Miguel quería enseñarles otra cosa igual o más importante: el agua es para pasarlo bien. Y salpicándolos a todos como si fuera una gran ola, decidió que había llegado la hora de JUGAR.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA